



# Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

JOAQUÍN MANINI



De historia larga y brillante,  
honor su nombre un cartel.  
Es correcto, es elegante...  
¡No pasan días por él!

## SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—El rey que rabió, por Eduardo Bastillo.—El lobanillo de la condesa, por Juan Pérez Zuñiga.—Un haquetete con quintillas, por Antonio Peña y Goñi.—En familia, por Simón Delgado.—Calendarios vivos, por Manuel Matos.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Joaquín Masini.—Planchal, por Cilla.



Con esto de la agitación obrera se ha interrumpido el curso natural de los acontecimientos, y nadie diría que estamos en el mes de las flores.

Antes, cuando no se hablaba de manifestaciones, ni de la jornada de ocho horas, ni del trabajo nocturno de las mujeres, llegaba esta época del año y la gente de Madrid salía a la calle llena de regocijo, para respirar el aire embalsamado de las plazuelas; ahora, quién más, quién menos, todos temen que ocurra algo grave y hay esposa que dice a su marido con cierta agitación mal reprimida:

—¿Vas a salir, Eulogio?

—Sí; voy a casa de D. Aniceto, mi jefe, a ver si por fin se le ha caído el colmillo.

—¿Qué colmillo?

—Uno que se le empezó a picar a fines del invierno y él no hizo caso; pero hace unos días que se le mueve y el hombre está preocupadísimo porque no tiene más que ese y una muela de arriba.

—¿Vive muy lejos?

—En la calle de la Comadre.

—Pues ponte el otro chaquet.

—¿Cuál?

—El viejo. Ya sabes que no ha cesado la agitación obrera, y si te han de pegar en la calle, vale más que te cojan los acontecimientos con la ropa vieja.

—En medio de todo, tienes razón—dice filosóficamente el esposo; y se pone un chaquet deteriorado por el abuso y un sombrero hongo que ha perdido la forma y parece una babucha.

Toda precaución es poca y no debe uno confiar demasiado en el carácter sencillo de nuestras clases desgraciadas; ellas podrán ser prudentes y enemigas de la efusión de sangre, pero ¿quién le dice a usted que no haya seres depravados que aprovechen lo de la agitación obrera para satisfacer sus criminales apetitos?

Por de pronto, sabemos de un cesante que está deseando que haya motín para atizarle dos garrotazos al ministro que firmó su cesantía.

—Yo me presento y le saludo muy fino—dice él.—Después hago como que voy a sacar la petaca y saco un bastón; él se pone de pie para defenderse, pero yo le sacudo dos ó tres palos y después apelo a la fuga.

Es lo malo que tienen los motines; cuando más descuidado está uno, recibe un garrotazo ó dos sin saber de dónde han venido.

Días pasados fuimos a visitar a D. Pantaleón, excomisario de policía, con ánimo de celebrar una *interview* de las que ahora se usan.

—¿Qué opina usted de la agitación obrera?—le preguntamos. Y él nos contestó, llevándose las manos a la cabeza:

—No me hable usted de agitaciones.

Después abrió un cajón y extrajo de él cinco ó seis huesecillos de distintas formas.

—¿Ve usted esto?—siguió diciéndome.—Hé aquí el resultado de las agitaciones populares.

—Explíquese usted.

—Todos estos huesecillos han formado parte de una costilla que me rompieron a mí un día de revolución, junto a la fuente de Pontejos.

Con agitación y sin ella, estos días somos visitados por gran número de forasteros que vienen a disfrutar de los efluvios primaverales.

Alguna mamá, sin miedo a los socialistas, saca a paseo a su retoño, todas las tardes, con ánimo de *flechar* a los recién llegados.

—Niña—dice al fruto de sus entrañas,—vamos a pasar por delante del Hotel Inglés, por si sale algún forastero joven.

Nunca falta alguno de éstos que clave sus ojos en la niña y suspire. Entonces dice la mamá:

—Suspira tú también, Emeteria, para hacerle ver que no te es indiferente.

Y el forastero sigue a la joven hasta entablar conversación y declarar la su atrevido pensamiento.

—¿Es usted de aquí?—pregunta la mamá, haciéndose la desentendida.

—No, señora, soy de Miguelturra; pero aquí tengo un tío que está en la Bolsa.

El corazón de la mamá late con violencia.

—¿En la Bolsa!—murmura.—De seguro que este joven lleva los bolsillos llenos de billetes de Banco. ¿Qué proporción para la niña!

Y trata de halagar al joven, hablándole de las bellezas de Miguelturra y de lo ricos que son allí las legumbres.

—¿Han estado ustedes en mi pueblo?—pregunta él.

—No, señor; pero a mi esposo le mandaron allí en tiempo del cólera para que estudiase la enfermedad.

—¿Era médico?

—No, señor, era mestizo y Pidal le quería mucho, no sólo por su conversación, sino por la letra.

—¿Se murió?

—¡Ay, sí! Se murió en el coro de San Isidro. Él tocaba el fagot, y una tarde, al tiempo de reservar, quiso tocar un solo y se le quedó atravesada la boquilla.

—¿Y esta joven es hija de usted?

—Sí, señor, hija única y definitiva. Tuve trece, pero todas se me desgraciaron; cuando llegaban a los seis meses, les salían unos granos malignos y ya no levantaban cabeza. La última se me murió debajo de una consola, cuando estaba más entretenida jugando con el gato.

Casi todos estos coloquios suelen terminar de mala manera. El hombre entrega el cuello al sacrificio, y la boda se realiza con todos los detalles de rúbrica.

Lo cual es cien veces peor que si se desbordaran los socialistas.

LUIS TABOADA.

## EL REY QUE RABIÓ

Amigos Ramos Carrión, Chapí y Aza (D. Vital): y eso así, sin intención de hacer aquí distinción personal;

que en arte y literatura los tres gustáis a la gente, aunque a mí sé me figura que es Vital más eminente... ¡qué estatural!

Pues, sin bombos ni reclamos, digo, Chapí y Aza y Ramos, que en vuestro *Rey* se revela que, en asuntos de zarzuela, sois los amos.

¿Por qué no decirlo aquí, Aza, Ramos y Chapí? Cuando me entusiasmo yo, lo declaro aquí y allí... ¿cómo no?

De ese *Rey* tan dulce y llano, por sufragio universal todo el pueblo es cortesano. Y aún le besará la mano P y Margal.

Entre los buenos del arte, no hay recurso ni resorte que no tenga allí su parte, ni hay chiste que, por su corte, se descarte.

Interés, gracia, intención; pues, en colaboración, es cosa muy natural que triunfen Ramos Carrión y Vital.

Tú das al triunfo incremento, Chapí; pues tu arte conoces y haces allí algún portento al casar el instrumento con las voces.

Cuando el *Rey*, alegremente, en broma de buena ley ríe con el Intendente, ríe la orquesta realmente con el *Rey*.

Y si, al perro discutiendo, por la letra a los doctores hay que aplaudirlos riendo, allí tienes tú primores

(que yo entiendo!...)



¿Qué monárquica minimal-  
os dirá el amigo Cavia  
que «viva el rey!» aún no grita  
¡gritando así rey que no robéis  
tanta quiet!

Que hasta en escena está mal  
que Berges aterrujé,  
con merced a Robal,  
la maldición de Felipe  
Ducastel.

¿Con un rey tan campechano  
que á una aldeana da el tramo  
y el corazón y la mano,  
y á ese tenor mucho ser-  
y un verano!...

Con vosotros lo disfrute,  
pues no hay en el arte leyes  
con que el triunfo se os dispute...  
Los tres y él Los cuatro reyes!  
¡El gran íntel!...

EDUARDO BUSTILLO.

## EL LOBANILLO DE LA CONDESA

Tiene la condesita  
del Hormiguillo  
en una de las piernas  
un lobanillo;  
yo no sé si en la zarda  
ó en la derecha,  
pues aunque lo contrario  
sostiene Urrecha,  
que es en la izquierda afirma  
Roque Palomo,  
que sirve á la condesa  
de mayordomo.  
Mas en tanto que Roque  
me lo asegura,  
Lesmes el zapatero  
jura y perjura  
que al probarle las botas  
ha reparado  
que lo tiene en la pierna  
del otro lado.  
Pero por otra parte  
me ha dicho el conde,  
respecto al lobanillo,  
que él me responde  
de que no es en la zarda  
donde se muestra,  
sino, por el contrario,  
que es en la diestra.  
En cambio don Procopio,  
su cirujano,  
dice que es en la izquierda  
donde está el grano,  
y como él lo asegura,  
debo creerlo,  
porque tiene motivos  
para saberlo.  
La modista sostiene  
que es tan crecido  
que su bulto se nota  
sobre el vestido,  
á pesar de que el baeno  
de don Procopio  
dice que hay que mirarlo  
con microscopio.  
La madre de la dama  
dice que empieza  
á tomar la figura  
de una cereza;

pero el conde asegura  
que tiene picos,  
y que no es de los grandes  
ni de los chicos.  
El tal grano, en resumen,  
es prodigioso:  
¡quidádo, caballeros,  
que es misterioso!  
Indica á la condesa  
las variaciones  
que en la atmósfera causan  
las estaciones.  
¿Que tras la primavera  
llega el verano?  
Pues, sin querer, se pone  
caliente el grano.  
¿Que los hielos aprietan  
tras el estío?  
Pues el grano famoso  
se queda frío.  
¿Que el tiempo, que era seco,  
cambia en lluvioso?  
Pues al momento el grano  
se pone *acoso*,  
aunque esto en la condesa  
no es muy extraño,  
porque siempre le pasa  
dentro del baño.  
Y no sólo la indica  
las variaciones,  
sino que hasta secunda  
sus impresiones.  
¿Que la dama una pena  
sufrir y resistir?  
Pues el grano en seguida  
se pone triste.  
¿Que en hacerla cosquillas  
alguien se empeña?  
Pues el grano se ríe  
como su dueña.  
Diréis de mi relato  
que es guasa pura;  
pero de buena tinta  
se me asegura  
que estas cosas le pasan  
al lobanillo  
que tiene la condesa  
del Hormiguillo.

JUAN PÉREZ ZUNIGA.

## UN BANQUETE CON QUINTILLAS

Dirán ustedes, con razón, que este artículo trata de cosas  
fianbres, pero ¿qué quieren ustedes? de poco tiempo á esta  
parte me veo obligado á tomar grandes precauciones para tocar  
ciertos asuntos, so pena, en caso contrario, de armar un cisco y  
llenar de llanto y desolación á mi atribulada familia.

El único recurso que me queda es llegar tarde, cuando las pa-  
siones están calmadas y el tiempo ha hecho su obra de equili-  
brio y de reparación, y hablar reposadamente, sin violencia,  
oponiendo el pararrayos de la tranquilidad y la mesura á las  
centellas que en algunos olímpos se forjan contra mí.

¡Oh, la lucha por la existencia! ¡Oh, la *struggle for life* que  
Daudet ha descrito en el teatro! Yo la conozco, en español y en  
inglés, soy víctima de ella en ambos idiomas, me tiene cogido,  
me tiene dominado y morirá ¡ay de mí! entre sus garras.

¿Qué porvenir, eh? Pues no hay remedio, hay que luchar, hay  
que ampuñar la espada, al arma fratricida, como decía Santa Co-  
loma, y marcharse al toro decidido á trastear en corto á la res,  
á consentirla en el engaño y salir por la cara ó por la cola, por  
dónde se pueda, con tal de no recibir una cornada y reventar.

Vamos, pues, al toro.

Brindo por el presidente,  
brindo por la gente crúa:  
por Sepúlveda (Ricardo  
y por Enrique Sepúlveda.

\*\*\*

El maestro Bretón ha vuelto de Praga, donde el famoso Neu-  
mann, el Barnum de *Los Nibelungos* de Wagner, ha puesto en  
escena *Los Amantes de Teruel*.

El músico español ha sido grandemente festejado, le han arro-  
jado flores, han tocado en su honor las trompetas alemanas, y  
como parece ser que Wagner está de baja allí, corre el rumor de  
que Bretón y Mascagni hundirán muy pronto al monstruo.

Todo eso está muy bien; por mí, que lo hundan y que sea para  
bien del arte y paz y concordia entre los príncipes cristianos, á  
las cuales he de contribuir con todas mis fuerzas.

En cuanto ha llegado á Madrid el maestro Bretón, sus ami-  
gos y admiradores le han obsequiado con un banquete.

Muy bien hecho. Comiendo en buena compañía se pasa un rato  
excelente, y obsequiar con un banquete al autor de *Los Amantes  
de Teruel* me parece cosa justa y en su punto, porque si esta  
vida no fuese un comercio de finezas, un cambio de buenos pro-  
cederes, sería cosa de enterrarse uno, como me he enterrado yo,  
y pasar la existencia triste, solo y cogitabundo.

El banquete se verificó en el Hotel Inglés. ¡El Hotel Inglés!  
Que me parta un rayo si vuelvo yo á comer allí con músicos!...  
Dispénsenme ustedes este desahogo.

Cuando llegó la hora del champagne, se discursó de lo lindo,  
se brindó en términos elocuentes y hubo escenas conmovedoras.

El Sr. Conde de Morphy dijo poco más ó menos lo siguiente,  
que leo en un periódico:

«Todos ustedes saben que cuando se estrenó la obra de Bretón  
dijeron por ahí que él era mi hijo y *Los Amantes* mis nietos.  
Brindo, pues, como abuelo cariñoso, por mi hijo y por mis nietos,  
y sólo pido á Dios que me permita ver muchos años *Los Amantes  
de Teruel*».

Lo de *dijeron por ahí* va conmigo que, en efecto, llamé al señor  
Conde de Morphy padre artístico del Sr. Bretón y abuelo, por  
ende, de su ópera, en un artículo de *La Epoca*, publicado hace  
tres años.

Ignoraba que todos los comensales supieran eso, y ya pueden  
ustedes comprender que la noticia me ha halagado extraordi-  
nariamente.

Por lo demás, Dios concederá al Sr. Conde ¡no ha de conce-  
dérsele! la dicha de ver muchos años *Los Amantes de Teruel*, y así  
hará el Supremo Hacedor una carambola por tabla, puesto que  
todos participaremos de la ventura que solicita el cariñoso  
abuelo. *Amén*.

Otro señor dijo una porción de cosas y elogió la conducta de  
Monasterio porque brindó por Bretón en el banquete, inolvida-  
ble para mí, con que obsequió á Mancinelli la Sociedad de  
Conciertos.

¡Así se le hubiera caído la campanilla á Monasterio cuando  
pronunció aquel brindis!... Dispénsenme ustedes este nuevo des-  
ahogo. Se me ha escapado sin querer y lo retiro en el acto.

\*\*\*

Pero el *clon* del banquete, lo que llevó á su colmo la emoción  
primero y el entusiasmo después de todos los comensales, fué un  
brindis en verso leído por el Sr. Sepúlveda, y que mereció nada  
menos que los honores de la repetición, no sin haber dado antes  
motivo á ciertas explicaciones dolorosas que *El Liberal* relata  
en los siguientes términos:

«Nuestro compañero D. Ricardo Sepúlveda leyó cuatro precia-  
sas quintillas, haciendo constar la adhesión entusiasta al ban-  
quete de su hermano D. Enrique Sepúlveda, presidente de la  
Unión Artístico-Musical, que asistiendo á la fiesta no podía usar  
de la palabra á causa de una enfermedad de la garganta, afortu-  
nadamente leve y pasajera.»

La emoción que produjeron estas palabras de D. Ricardo no  
le permitió decir quién era el médico que asistía á D. Enrique y  
el tratamiento que seguía éste, así como el número de pulsacio-  
nes que tenía en aquel momento, etc., etc.

No pasó más sino que la noticia de D. Ricardo hizo que todas  
las miradas se volvieran hacia D. Enrique, quien dió á entender  
por señas que no era nada, y fué objeto de las más delicadas  
atenciones.

Después leyó las preciosas quintillas D. Ricardo, quintillas  
que han publicado varios periódicos y uno de ellos ha llamado  
hasta inspiradas.

Si que lo son, ya lo verán ustedes luego; pero ¿á quién perte-  
necen? ¿Son de D. Enrique? ¿Son de D. Ricardo? ¿Las ha pensa-  
do el uno y las ha escrito el otro?

Que el Sr. Conde de Morphy es padre de Bretón y abuelo de  
*Los Amantes* ya lo sabemos todos. ¡Ojalá supiésemos con tanta  
claridad quién es el padre de las quintillas!

Porque sobre este punto capital hay dudas. *El Imparcial* dijo  
que eran de D. Enrique, y otros periódicos dijeron que pertene-  
cían á D. Ricardo.

Esclarezcáse este punto cuanto antes, porque las quintillas  
pertenecen ya á la historia de la literatura española y sería una  
crueldad hacer sudar tinta á los eruditos del porvenir, obligar-  
les á preguntar á voz en cuello: «¿Son de D. Ricardo ó de don  
Enrique?»

El eminente autor de *Las botas* y el chispeante ingenio que ha  
escrito *La vida en Madrid* son dos entidades augustas de nuestra  
literatura *sin de siete* y nada de cuanto ellos hagan ó digan  
debe pasar inadvertido.

Mientras se averigua, pues, de quién son las quintillas, allá  
van para que puedan ustedes saborearlas á su gusto:



# ¡PLANCHA!



Nuestro querido amigo el Sr. Gutiérrez se enfrascó de tal manera en la lectura de libros de viajes,



que acabó por no tener más que una idea fija.



Al fin, participó a sus contertulios del café que tenía el firme propósito de hacer una hombrada.



Terminó sus preparativos.



tomó el tren de Barcelona.



se embarcó, y atravesó el Mediterráneo, el canal de Suez, el mar Rojo, el estrecho de Bab-el-Mandeb, todo el mar de las Indias y el golfo de Bengala, y no paró hasta las mismísimas bocas del Ganges



Una vez en Calcuta, ajustó un par de guías expertos,

y... entonces se supo que lo que trataba de hacer nuestro queridísimo amigo el Sr. Gutiérrez era poner la atrevida planta donde no la hubiera puesto jamás criatura viviente.



Para lo cual había escogido el pico Dhawalagiri, en la cordillera del Himalaya, el cual pico está situado a 8.555 metros sobre el nivel del mar.



Mientras todo el mundo civilizado esperaba ansioso el fin de expedición tan atrevida,



Gutiérrez subía sin cesar,



salvando con arrojío precipicios espantosos.



corriendo verdaderos peligros



y dando tropiezos y caídas a cada paso.



Pero Dios premia la constancia. Un esfuerzo más y hollaría por primera vez aquel pedazo de tierra virgen...



Y ¡oh dolor! ¡Hasta en el pico Dhawalagiri a 8.555 metros de altura!



Tomás, contento estarás,  
Tomás, del triunfo alcanzado:  
Tomás, ya no cabe más,  
de un salto te has colocado  
en la cúspide, Tomás.  
Carrascalás, carrascalás, carrascalás.

Esto del carrascalás es mío; se lo advierto á ustedes para que no se lo vayan á colgar á D. Ricardo ó á D. Enrique ó á quien sea.

Ya tus amantes triunfantes  
logran éxitos brillantes  
y coronas de laurel;  
ya tienen miles de amantes  
tus amantes de Teruel.

Sr. Muñoz, ande usted con ellos, usted que llamaba, hace poco ópera honrada á *La jolie fille de Perth*.

Por eso al coger la copa,  
brindo con gozo profundo  
por tu obra que, viento en popa,  
va dando la vuelta á Europa  
y dará la vuelta al mundo.

Si, señor, en ochenta días, no falla. Y si soplan en la mar quintillas así, navegaré á un largo y barloventeando que dará gozo verla.

Otra y no va más. Atención.

Y si tal consagración,  
si tan continua ovación,  
alguien en negar se empeña,  
ó no tendrá corazón  
ó será de bronce ó... peña.

¿Lo ven ustedes? No hay función sin tarasca, y se conoce que ahora actúo yo de tarasca en todas las funciones musicales.

No quiero perder la calma; quiero, como dije antes, oponer el pararrayos de mi mesura y de mi tranquilidad á los pérfidos *pitoyreos* de los Sres. de Sepúlveda.

¿Qué les he hecho yo, vamos á ver, qué les he hecho, para que traten así de quedarse conmigo y saquen á relucir mi corazón sensible, con puntos suspensivos y todo?

Toda España conoce á ambos Sepúlvedas, y sabe que no son intrusos del periodismo, de esos que meten artículos en las redacciones, como se meten á domicilio las novelas por entregas.

Todos sabemos que detestan el reclamo, que no pertenecen á esa clase de caballeros del Congo que mandan sueltos á los periódicos cuando les duele la cabeza, ó la señora ha dado á luz, ó se ha bautizado al chico, ó se han marchado á Getafe, ó piensan escribir un artículo.

Nada de eso: los Sres. Sepúlveda hermanos están convencidos de su fuerza literaria y huyen del bombo como de la peste, no van jamás á la montaña porque saben que la montaña tiene que ir á buscarlos doquiera que se encuentren.

Son, en suma, los Sres. Sepúlveda (D. Ricardo y D. Enrique) dos literatos por derecho propio, serios, formales, hijos legítimos de las letras españolas, yo me complazco en reconocerlo así; dos escritores eminentes, populares, laboriosos y callados, refractarios á la exhibición y en cuyas obras campean la originalidad de los asuntos, la brillantez del concepto, el colorido del estilo, la riqueza de las ideas y la profundidad de los pensamientos.

¿Qué falta les hacía, entonces, tomarme como cabeza de turco?

O no tenéis corazón,  
ó será de bronce ó... peña.

¿Con ó sin Goñi? ¡Ambiciosos! Necesitaban la nota cómica, la puntadita juvenalesca, el pomponcito del rabo, y me lo han colocado en el Hotel Inglés.

¿Pero han visto ustedes qué Hotel Inglés de mis pecados? ¡Maldita sea su estampa, y que me parta nuevamente un rayo si vuelvo á comer con músicos allí...

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

## EN FAMILIA

—Papá, vas á perdonarme mi confesión bocherosa. Voy á decirte una cosa que sentiré que te alarme.

—¿Qué es ello?  
—Pues... la verdad, que he caído en el garlito como un tonto, y necesito una fuerte cantidad.

—¿Sí? Pues yo no te doy nada: ¡sal como puedas del paso!

—Pero, papá, si es el caso que es una deuda sagrada, ¡sacratísima! Y, mejor que acudir á un usurero que me despiame, prefiero pedirte á tí esa favor.

—¿Se trata del juego?  
—¡Ca!

Se trata de una mujer.

—¿Hombre! ¿por qué ha de saber esas cosas tu papá?

—Porque estoy arrepentido, y al salgo de este apuro, en mi vida ¡te lo juro!

vuelvo á tener un descuido... Me engañó su travesura embriagadora, incitante...

El caso es que en un instante de coquedad y locura, como la moza es muy lista

y al que cogió le revienta, juré pagar una cuenta que le traje la modista.

—Eso es una necesidad!

—Sí, pero en mi posición, huir por escotillón seris una indignidad.

—¿Hombre! ¿Que te hayas dejado coger es lo que me irrita!

Y ¿quién es ella?

—Lolita.

la de la casa de al lado.

—¿La robó teñida?

—Sí.

—¿Las botas imperiales?

—Sí.

—¿Te pidió dos mil reales?

—Eso fué.

—¿Te pidió á tí?

—¡Hola! ¿Conque esa mujer...

—¿Sabes jugar al billar,

¿no mío?

—Sí, jugar.

—Bueno, pues has de saber

que lo que pretende Lola

es sacarme de ese modo

dos mil reales por recuerdo

y dos mil... ¡je hola á hola!

SINESIO DELGADO.

## CALENDARIOS VIVOS

Entre los bienes infinitos que Dios ha dado á los hombres (no á todos, porque parece que también á la Providencia le gustan los privilegios) figura la concesión ó obsequio de determinadas señales que les permiten conocer con antelación y exactitud las revoluciones atmosféricas.

Los que se quejan de los callos (y algunos llegan hasta á blasfemar porque los tienen) son unos ingratos, porque Dios les ha concedido un don que al parecer ha negado al distinguido profeta Sr. Noherlesoom.

Ustedes habrán observado que este sabio se equivoca á veces, en más ocasiones de las que él quisiera y á nosotros convenia, y para mí nace el error de que el ilustre astrólogo no tiene más medios de inquisición que las estrellas, y el mentir de las estrellas es ya axioma proverbial.

¿Otro gallo le cantara, ú otro acierto le popularizaría, si en vez de talento le hubiera Dios concedido esas protuberancias de que son enemigos los zapateros!

Un hombre sin callos es un desheredado de la Naturaleza, y de tal manera estiman algunos este don, que antes dejarían sacarse un ojo que extirparse un callo.

Tengo yo un amigo que se considera muy feliz con poseer este medio experimental, y ajustando su conducta á sus sensaciones, si le duelen los callos, saca á la calle paraguas, si no le molestan, se pone el sombrero nuevo, y así sucesivamente, es decir, si tiene frío, se arropa, y si siente calor, se aligera de abrigo.

No siempre acierta, vamos, no siempre, porque Dios ha tenido el buen acuerdo de guardarse para sí la infalibilidad, obsequiando sólo con un tanto por ciento de ella al padre común de los fieles, que larga vida goce.

Pero hasta donde es permitido al hombre predecir los cambios atmosféricos, el sujeto encallecido los predice y se ahorra de gastar dinero en comprar el calendario del *Zaragoso* ó en leer en la prensa los puntos que calza el barómetro, que es el dato más inútil que puede ofrecerse al lector de un periódico.

Todos los años cuando llega la primavera son muchos los sujetos que sienten los beneficios de la bondad de Dios y no pocos los que aprovechan con éxito y ventaja esos encantadores avisos del cielo.

Allá, en Pinto, donde tienen ustedes un modesto hogar y un amigo del que pueden disponer, conozco yo algún labriego que ordena los trabajos de campo según los anuncios precursores que el cielo le envía.

Le brota, por ejemplo, en Marzo una especie de erupción, y dice á sus gañanes:

—Mañana, á coger los arados y á abrir la tierra. Es preciso sembrar cuanto antes. Este año vamos á coger mucho trigo.

Le sale en Enero una especie de brotes en las orejas, que unos llaman sabañones y otros botones de invierno, pues... ¡ya se sabe!

—¿Qué hermosas van á estar las viñas este año! Lo que es como podemos por San José, como deshojemos por San Isidro, como traigan mucha muestra y no venga arañuela, ni oidium, ni agua por San Juan, ni tempestad por Santiago, ogaño vamos á coger una barbaridad de uvas.

(Ellos llaman barbaridad á la abundancia. Así es que del que sabe más en el pueblo dicen que tiene «una barbaridad de talento!» ó bien que tiene «un talento bárbaro.» y á veces aciertan.)

Me acuerdo que un día tropecé con uno que tenía en la cara tres ó cuatro granos que parecían acerolas.

—¿Cómo esta usted de granos!—le dije.

—¿Pues así tengo todo el cuerpo!—me contestó.

—¿Y qué es eso? ¿Diviesos?

—¿Qué! No, señor, son muestras.

—Muestras de qué? Porque para muestra basta un botón, y usted, por lo visto, tiene una gruesa de ellos.

—Son muestras de que va á ser un hermoso año de aceitunas. Es un aviso del cielo.

—Pues, ya que ha recibido usted el aviso, ¿por qué no se aplica ahí unos parches de ungüento de López?

—¿Ungüento? ¡Dios me libre! Las aceitunas son muy delicadas. A poco que las mueva usted se cae la flor, y entonces, ¡adiós cosecha!

—Ya, vamos, ya! ¡Entonces Dios le aumente á usted los granos!

—¡Ay! ¡Ojalá! Buena falta hace.

De todo esto deduzco yo que nunca alabaremos bastante los beneficios de la Providencia porque lo que muchos tienen por enojoso tributo y molestia, no es sino aviso previo y anuncio de bondades inmerecidas.

Ya decía yo, en los ratos en que me pongo á filosofar, que son pocos, pero son algunos: «¿Qué necesidad tendrá Dios de enviarnos estas erupciones cutáneas y estos brotes innecesarios?» ¡Y miren ustedes por dónde hemos venido en conocimiento de que...

Pero bueno, pregunto: y en el que no tiene olivares, ¿qué puede demostrarle la presencia de los divinos?

No seamos curiosos. ¡Más vale que dejemos eso en el misterio!

Continuemos:

Hay personas que en materia de anuncios en la piel son un portento de privilegio.

Conoci en Manzanares á una señora de avanzada edad, que me decía en una ocasión:

—¡Aquí va á pasar algo, D. Manuel!

—¿Por qué, señora?

—Porque se me ha presentado en un brazo un tumor que siempre que me aparece ocurre en el mundo alguna novedad.

—¿Es cosa rara!

—Sí, señor. Eso trae algún anuncio, como le traen las estrellas de rabo. Más diré. Todos los años que me sale el tumor se presenta en el cielo una de esas estrellas, y cuando la estrella se va, se marcha también el tumor.

Pues bien, tuvimos cuidado, y á los pocos días de presentarse el tumor á aquella señora se murió el general Narváez, que esté en gloria.

Otro amigo mío, bolsista por más señas, tenía un lobanillo cuyos crecientes y menguantes le servían de norma para jugar al alza ó á la baja, según el lobanillo subía ó bajaba.

¡Oh! Aquel hombre hubiera podido llegar á ser riquísimo si no le hubiera ocurrido la desgracia de quebrar y suicidarse, lo uno tras de lo otro.

Son muchos los que participan de estas creencias que ponen en relación las apariciones cutáneas con los acontecimientos sociales.

Un amigo mío, catalán, periodista, muy simpático, muy popular y que ha salido derrotado en las últimas elecciones por tener su contrario *quinientos votos menos*, me decía ayer:

—Pues señor, ¡vaya un grano que nos ha salido á los españoles!

—¿Un grano?

—Sí señor, un grano, un carbunco, un ántrax...

—¿No comprendo!

—Pues... Cánovas: ¡le parece á usted poco?

—¿Tiene razón!

He de advertir á ustedes que también yo tengo mi poquito de superstición en la materia.

Desde que han subido los conservadores no ceso de tomar zarparrilla Bristol á todo pasto.

¡Dicen que es un gran purificador ó purificadora!

MANUEL MATOSER.



El exceso de original ha impedido la publicación del artículo del señor Peña y Goñi en los números anteriores, y por consiguiente, le ha hecho perder la oportunidad.



Al Sr. D. C. J. de A. En *El Resumen*:

He leído el artículo que usted me dedica, y veo que, en opinión de usted, desgraciadamente, yo escribo unos versos llenos de ripiós, no he hecho ninguna obra buena para el teatro, y ni soy poeta festivo, ni *chicha* ni *limoná*, como dice usted con muchísima gracia.

Corriente, estamos de acuerdo.

Pero ¡ay! lo malo es que usted no se detiene ahí. Lo malo es que después de hacer una advertencia á *Charli*, en la cual, como era de esperar, toca usted el violoncillo, me dedica usted un romance, como coetilla, que no tiene perdón de Dios.

Lo copiaré, con su permiso:

«Después de todo lo dicho

pueda marcharse *Sine...*»

¡Sin-eso! ¡Eso es humorismo y lo demás es agua!

«¿Por eso que le falta...

«A por eso... ¡Por los clavos de Cristo! Sr. D. C. J. de A. ¡Decir á por eso es lo mismo que decir *haiga*; para que usted lo sepa.

«y cuando tenga talento

venga en buen hora á pegarnos

que imposible esperaremos...»

Imposible esperaremos no sé puede decir, y usted perdona. Porque es concordancia vicinaria. Y no salga usted con erratas de imprenta, porque si dijera usted *imposible* no habría tal *ocasión*, y aunque creo que usted no está muy fuerte en octosílabos...

Adelante.

«que imposible esperaremos  
aunque muchos años gaste  
en educarse *Sine...*»

Gracias; ha debido usted decir *Sine...* también ahora, y sería otro chiste. «el *ángel de las escuelas*» como se llama á sí mismo.»

¡Vaya por el *meismo*! Pero debía usted haberlo subrayado siquiera.

Total: que ha dado usted en ocho líneas dos caídas de laiguillo que indican claramente que está usted siguiendo la carrera de periodista por equivocación.

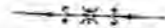
Todo lo cual no es obstáculo para que tenga usted razón hasta por encima del pelo al echarme en cara el descuido de asonantar en un romance los versos que no deben ser asonantes. Sí, señor, eso está mal hecho; y yo confieso humildemente mi falta, y procuraré enmendarme. Porque yo admito todas las correcciones, vengan de quien vinieren. Créame usted, Sr. D. C. J. de A. ¡Haga usted lo mismo!



Libros:

*Cuentos de la calle. La Biblioteca selecta* que publica en Valencia la casa editorial de D. Pascual Aguilar se ha enriquecido con esta lindísima colección de cuentos del notable publicista D. Alfonso Pérez Nieva. Cuesta el tomo 50 céntimos en toda España.

*Por unos días*, juguete cómico en un acto y en prosa, original de nuestro colaborador D. Francisco Serrano de la Pedrosa, estrenado recientemente con gran éxito en el Teatro Lara.



## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

*Farundo*.—Escribiré un día de éstos. ¿No hay que poner en el sobre señas de casa?

Sr. D. B. J.—Madrid.—Eso está mal copiado de alguna parte.

*Clagar*.—Pero hombre, ¿es que no tiene usted idea de los consonantes? ¿O es que no ha querido usted hacer cuartetos? ¿O es que estamos locos todos con esto de las huelgas?

*Serdia*.—Esa es una declaración en toda regla para remitida bajo sobre. No hay para qué decirselo al público. ¡El misterio es la salsa del amor!

*Incipiente*.—No, no está mal versificada, pero comprenda usted que 150 endecasílabos ¡ocupan columna y media!

Sr. D. J. V.—Córdoba.—Carece de novedad y gracia. ¡Esos temas amorosos están tan usados!

Sr. D. L. B.—Valencia.—Tampoco eso tiene gracia ni novedad. Y eso que no trata de amores. Pero como si tratara.

Sr. D. M. C.—Madrid.—Esa *pequeña tarro*, como usted la llama, no es pequeña solamente. Es mala además.

*Cosme*.—Sobre que el nombre de un individuo no suele estar en relación con su condición ó carácter, se ha escrito tanto, que hasta un libro podía hacerse. Un libro monótono, como es de suponer.

Sr. D. A. G.—Madrid.—Sí, hombre; se hará lo que se pueda.

*Publicable?* ¡Ay! No señor. Porque más parecen anuncio que otra cosa.

Sr. D. M. C.—Portugalete.—El caso es que, ó no tiene picardía, ó tiene demasiada.

*Anjou*.—Cáceres.—Aquello de

«La crítica majadera  
de los versos que escribí,  
Pedancio, poco me altera, etc.»

es una muletilla que sacan todos los pánfilos cuando les descubren la tontería. Usted se cura en salud y lo dice antes. ¡Bien hecho!

*Alcalino*.—Eso mismo digo yo:

¿qué no?

*Esandro*.—El soneto hubiera dado que hablar... el siglo pasado. Y no hay un solo cantar que no resulte valgar.

*Pan para cuatro*.—Sí, pan para hoy... y un soneto muy malo para mañana.

*Cañitas*.—Otro soneto, también para mañana.

*Nepumeno*.—¡Tercer soneto! Que no es tan malo como los anteriores, pero que tampoco dice nada de particular.

*El caña*.—¡Hombre, tiene gracia aquello de

«Ahora empiezan se carrera

el amor, la flor, el grillo...»

¿Cómo empezarán su carrera las flores y los grillos?

*Uno de tantos*.—Adelina, un día de Carnaval

se vistió con un traje de Pascual;

y á Pascual le dió la manía infinta

de ponerse otro traje de Adelina.»

¡Usted también debe pedir ocho horas de trabajo para contar las sílabas!

*Sacón Romano*.—Pues no está mal. Pero ¿no cree usted que lleguen á hacerse pesadas tantas incongruencias seguidas?

*M. Zamá*.—Total... nada. Eso no es decir nada.

*Me partió*.—Ha merchado usted tantares conocidos con otros de su cosecha. ¡Y qué malos son los de su cosecha!

Sr. D. R. de las A.—Oviedo.—El último es el 13 duplicado, en que el capellán se queda en el infierno al pesar la barca de Caronte. ¿Es ese el que usted tiene? ¡Pues los tiene usted todos!



Lat. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36.

## ANUNCIOS

## LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Medalla de oro, por sus Chocolates.

Medalla de oro, por sus Cafés.

Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL

MONTERA, 8, MADRID



—Y tú ¿qué vas á ser, hijo mio?  
 —¿Yo? Tramoyista.  
 —¿Para qué?  
 —Para ver de cerca al coro de mujeres, que dice papá que es cosa rica.



—Eh! Juventud adoradora de los pantalones ingleses! ¡No te dejes engañar! No los hay legítimos y baratos más que en la sastrería de Pesquera, Magdalena, 20.

Biblioteca de MADRID CÓMICO

## PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINESIO DELGADO

DIBUJOS DE CILLA

FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los librerías y correspondientes, DOS.

## COLECCIONES DE MADRID CÓMICO

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscritores, 8 pesetas.—A los no suscritores, 10 pesetas.—Encuadernado en tela.—A los suscritores, 10 pesetas.—A los no suscritores, 12,50.

## ESPAÑA CÓMICA

ALBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vuelta de correo.



—Guardias, guardias! Vayan ustedes en seguida á la calle de Cedaceros, 1 y 3, á los almacenes del PETIT BARCELONA.  
 —¿Qué pasa?  
 —Que se ha sabido que es allí donde se venden más baratos los trajes para niños, y los padres se están dando de puñaladas por entrar.

## MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO É ILUSTRADO

## PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

## PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A correspondientes y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO



—¿Central?  
 —Presente.  
 —¿Dónde se hacen los trajes más elegantes y más baratos de Madrid?  
 —Pero, hombre, ¿no lo sabe usted todavía?  
 —No, señora.  
 —¿Pues no está usted poco atrasado de noticias! Lo sabe á estas horas toda España. ¡En la Sastrería Universal de Jesús Castillo, calle del León, núm. 28!



¿Quieren ustedes vestir elegante y económicamente? Pues acudan ustedes á la sastrería de Agustín Pérez. ¿Que dónde está?

¡PRÍNCIPE, 39!

## LAS TULLERÍAS

RESTAURANT al estilo de los *bouillons* de París.  
 Cubiertos desde una peseta.  
 Abonos mensuales desde cincuenta pesetas.

MATUTE. 8

